

EL MODELO ARQUITECTÓNICO DE IGLESIA MISIONERA JESUITA EN EL VIRREINATO DEL PERÚ: ENTRE LO GLOBAL Y LO LOCAL

THE GLOBAL AND LOCAL ASPECTS OF ARCHITECTURAL MODEL OF THE JESUIT MISSIONARY CHURCH IN THE VICEROYALTY OF PERU

Ewa Kubiak*
lalibela@tlen.pl

RESUMEN: En el Virreinato del Perú existía la arquitectura jesuita que se puede describir como misionera y funcionó en varios ámbitos. Estamos hablando de templos de formas simples que los jesuitas construyeron en lugares donde la nueva fe recién se estaba introduciendo. Dicha arquitectura estaba determinada principalmente por su función, no sufriendo tantas modificaciones regionales, aunque algunos elementos decorativos y algunas variantes de la composición se pueden calificar como soluciones locales. En la ponencia quisiera presentar ambos aspectos mencionados, tanto encontrar los elementos globales de la arquitectura misionera de los jesuitas como destacar su diversidad en las regiones. Me gustaría caracterizar diferentes aspectos como: el mismo proceso de la construcción, la sobrevivencia de la tradición indígena, el uso de las formas y materiales, y también en la variedad de sus decoraciones. En este análisis quisiera centrarme en ejemplos de arquitectura creada por la Compañía de Jesús, en Colombia (Tópaga, Fontibón), Perú (Andahuaylillas y Juli), Bolivia (indios Mojos y Chiquitos), en las famosas misiones guaraníes en la actual Argentina, Paraguay y Brasil, y también en la arquitectura misionera de Chiloé.

PALABRAS CLAVE: Arquitectura misionera, Misionera de los jesuitas, Virreinato del Perú.

ABSTRACT: The Jesuit architecture that can be described as missionary existed in the Viceroyalty of Peru and it was represented by the simple forms of temples as the most recognizable buildings of this architecture. These were built by the Jesuits in places where the new Christian religious has been just introduced. Although some decorative elements and variants of the composition can be described as local solutions, this architecture was determined mainly by its function; it was not affected by the regional modifications. The global elements of missionary architecture of the Jesuits and its diversity within the regions are the main subjects of essay below. We will also focus on various aspects such as: the construction process itself, the survival of an indigenous tradition, the usage of forms and materials and also the variety of decorations. The analysis is based on examples of architecture created by the Society of Jesus, in Colombia (Tópaga, Fontibón), Peru (Andahuaylillas and Juli), Bolivia (Mojos and Chiquitos Indians), in the famous Guarani missions (Argentina, Paraguay) and in Chile (Chiloé).

KEYWORDS: Missionary architecture, Jesuit missions, Viceroyalty of Peru.

Introducción. El carácter misionero de la Compañía de Jesús

La Compañía de Jesús era una orden misionera. La fórmula de la orden obligaba no solo a obedecer al Papa, sino también a difundir la fe cristiana tanto en las tierras dominadas por el paganismo, entre las que se incluían Turquía y América, como en las regiones donde se había expandido la herejía, la cual abarcaba todas las ramas de la religión protestante

* Instituto de Historia del Arte, Universidad de Lodz, Polonia. Después de los estudios postgrados en la Universidad de Lodz, en el año 2002 defendió su tesis doctoral en Historia en la Universidad de Cardinal Stefan Wyszyński en Varsovia.

(*Formuła* 1968 [1539], p. 454–455). Si bien la Iglesia en el período de la Contrarreforma concedió una gran importancia a la actividad evangelizadora, cabe destacar que el papel concreto de los jesuitas a este respecto resultó ser crucial (O'MALLEY, 2001, p. 2691). En 1523, Ignacio de Loyola fue a Tierra Santa, de donde regresaría con bastante prontitud; sin embargo, fue entonces cuando nació la idea de llevar ayuda a los infieles, al mismo que instrucción religiosa y posibilidad de conversión.

Después de los primeros viajes de Francisco Javier, enviado a la India en 1541 (O'MALLEY, 1999 [1993], p. 58), las misiones jesuitas comenzaron a desarrollarse a gran escala, tanto en su Europa como en continentes distantes, en Asia, África y América. Casi todos los años, los jesuitas acudían a diferentes partes del mundo para predicar la Palabra de Dios; todavía en vida de Ignacio Loyola, emprendieron su labor en India, Molucas y Japón (LÓPEZ-GAY, 2001, p. 2697). En América, la evangelización se llevó a cabo tanto en las ciudades como en las aldeas y asentamientos. En el Virreinato del Perú, las primeras zonas de labor misionera fueron los grandes centros urbanos, y los jesuitas establecieron su sede en Lima, Cusco, Arequipa, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Santiago de Estero, Asunción, Quito, Santiago de Chile, Collao, Huancavelica y Oruro. En algunas ciudades, se intentó concentrar a la población indígena en un distrito en particular, a fin de someterla más fácilmente al proceso de cristianización, siendo el barrio del Cercado en Lima el ejemplo más espectacular de la realización de este plan.¹ Además de predicar el Evangelio, de ejercer el servicio pastoral activo y de administrar los sacramentos, los miembros de la Orden se involucraron en numerosas actividades sociales y caritativas (ŁAGODA-KAŻMIERSKA, 2007, p. 23). Al cabo de ocho años de su llegada al Perú, los jesuitas ya comenzaron a evangelizar en áreas alejadas de los centros urbanos. En 1576, se fundó la misión de Juli junto al lago Titicaca, que representaría todo un modelo para las *reducciones* posteriores.²

Metodología

El artículo presentado es fruto de una investigación realizada en tres etapas. La primera etapa estribó en la búsqueda de información y el análisis de la literatura existente

¹ Sobre el tema de Cercado ver: BROMLEY, BARBAGELATA, 1945, p. 59; BROMLEY, 2005, p. 76-78; COELLO DE LA ROSA, 2006.

² La misión jesuita en Juli fue el lugar de las primeras experiencias evangelizadoras y, gracias a ella, se creó un cierto modelo de funcionamiento, que luego se aplicaría en todo el Virreinato, ŁAGODA-KAŻMIERSKA, 2007, p. 24; MEIKLEJOHN, 1986, p. 109–185; ESTERAS, GUTIÉRREZ, 1984, p. 53-58.

sobre el tema de la arquitectura misionera jesuita en América del Sur. Tenía como fin identificar objetos de investigación, así como discernir las cuestiones que presentaban mayor interés y en las que más tarde se podría profundizar. La segunda etapa guardó relación con los estudios de campo y las investigaciones de archivos, además de abarcar visitas de expedición a la mayoría de los objetos arquitectónicos aquí presentados. Asimismo, en esta etapa, se llevaron a cabo indagaciones en archivos de Bolivia, Chile y Colombia. La última etapa de trabajo presentó un carácter de estudio, consistiendo en el análisis multiaspectual de los materiales recogidos.

Los estudios comparativos han permitido la elaboración de un modelo de análisis del *templo misionero* de la orden de los jesuitas en América del Sur, en virtud del cual se exponen su forma y su función en un amplio contexto histórico y cultural.

Modelo de iglesia misionera. Interpretación global

En toda América Latina, en varias épocas (incluso en el siglo XVIII), la arquitectura que podría considerarse misionera funcionó en varias regiones. Abarcaba templos de formas simples, erigidos en lugares donde iba penetrando la nueva fe. Dicha arquitectura fue determinada principalmente por su función, no estando tan sujeta a regionalización, aunque ciertos elementos decorativos y algunas variantes de la composición puede calificarse como soluciones locales.

Esta humilde arquitectura misionera, y no solo de la orden jesuita, surgió en toda América del Sur. Con todo, en el presente análisis, nos centraremos en los ejemplos de la arquitectura creada por la Compañía de Jesús, que se extiende desde Colombia (Tópaga, Fontibón), pasando por Perú (Andahuaylillas y Juli), las misiones bolivianas entre los indios mojos y chiquitos, las célebres misiones guaraníes en los actuales Argentina, Paraguay y Brasil, hasta llegar al sur, a la remota Chiloé. Hablaremos por lo general de una arquitectura modesta, existente en el primer período del funcionamiento de la misión, cuando los templos solían ser de madera o adobe, y en mucha menor medida de piedra. La arquitectura de los jesuitas, incluso la misionera, pasaría a formar parte del paisaje arquitectónico general de la región, además de tener un impacto significativo en las soluciones utilizadas por otras órdenes y por el clero laico de las mismas áreas geográficas. No hay nada de sorprendente en esto, ya que la Iglesia Católica, al crear misiones de evangelización, se guió por esos mismos patrones, dictados sobre todo por el utilitarismo.

Plan y estructura de la iglesia misionera

Los templos misioneros tenían una estructura arquitectónica muy simple. Podemos distinguir dos tipos básicos de esta clase de iglesias: de una o de tres naves. La mayoría de las iglesias de una sola nave se caracterizaban por poseer proporciones muy alargadas (Fontibón³ [fig. 1], Tópaga, Andahuaylillas, Juli), lo que probablemente se debía a la escasa pericia que se poseía para la construcción del templo. Con el fin de dotar a las instalaciones del cubicaje adecuado, se alargaba la nave, manteniendo el ancho bastante reducido, para cubrir sin problemas toda la estructura con un techo. Las iglesias de una sola nave se cubrían con una estructura simple de armadura; en algunos edificios, esto se realizaría, parcial o totalmente, con un techado que formaba un corte trapezoidal (Tópaga [fig. 2], Andahuaylillas, Juli). En la mayoría de los casos, las iglesias de una sola nave disponían de cuartos de servicio, como una sacristía o un baptisterio, colocados a los lados del presbiterio; a veces se erigían capillas laterales, o incluso brazos de crucero, gracias a lo cual el templo se asentaba sobre una planta de cruz latina. Ejemplos de esta última solución son las iglesias de Asunción [fig. 3] y San Juan Bautista de Juli [fig. 4]; también sabemos de fuentes que confirman la existencia de estructuras similares en la región misionera de Bolivia (Mojos). Por ejemplo, Diego Francisco Altamirano describía el templo de San José, construido en 1691: “(...) su iglesia de adobe u madeira, de 56 varas de largo, con dos capillas que forman un crucero” (ALTAMIRANO, 1979 [1712], p. 218). Las iglesias de tres naves conforman el segundo tipo de templo misionero y disponen de una planta uniforme de trazo rectangular. Ejemplos de tales estructuras se pueden encontrar tanto en las áreas de misión de Mojos, Chiquitos y Guaraní, como en las misiones de Colombia, en las regiones de Casanere, Meta y Orinoco, o en la arquitectura religiosa de la isla de Chiloé. El esqueleto de estos edificios podría ser calificado como propio de una pseudobasílica, ya que, si bien es verdad que la nave principal es más alta que las naves laterales, esta se halla toda cubierta con una única estructura de techo e iluminada sólo a través de ventanas ubicadas en las paredes de las naves laterales. Dentro del templo, generalmente vemos una estructura del techo con pares, nudillos y tirantes (San José de Chiquitos, San Javier de Chiquitos, Bolivia); a veces se halla cubierto, como en las iglesias de

³ Actualmente la iglesia no existe, pero se conservaron los planos en el Archivo General de la Nación de Colombia (AGN, Sección: Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref.: 587 A).

una sola nave, con un techado parcialmente trapezoidal o una estructura de bóveda falsa elaborada de madera (la iglesia jesuita en Achao en la isla de Quinchao, Chiloé).

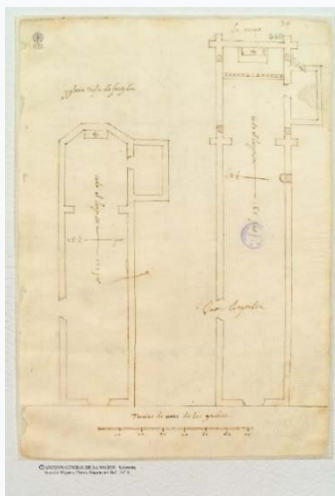


Fig. 1. Planos de las iglesias jesuitas en Fontibón [AGN, Colombia, MyP, Mapoteca 4-587A].



Fig. 2. Iglesia jesuita en Tópaga, concecración en 1642, interior y fachada. Colombia [fot. E.Kubiak, 2012].

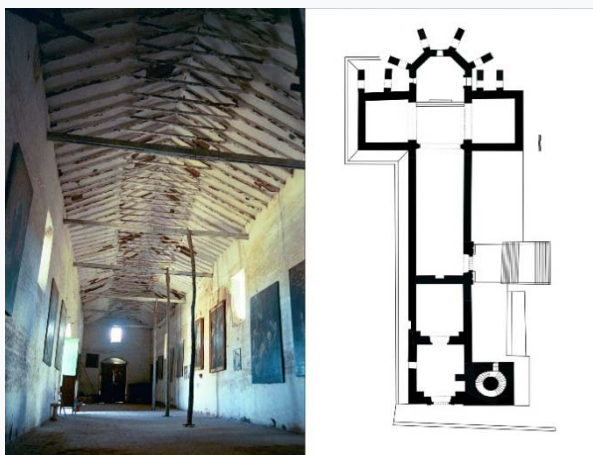


Fig. 3. Iglesia de Nuestra Señora de Asunción, Juli, finales del diglo XVI, interior y planta. Parú [fot. E.Kubiak, 2004].



Fig. 4. Iglesia de San Juan Bautista, Juli, los siglos XVI y XVIII, interior y vista general, Perú [fot. E.Kubiak, 2004].

Al final de esta parte de la exposición, cabría señalar que las características de la arquitectura misionera presentadas aquí no solo son aplicables a las iglesias jesuitas. Las iglesias sujetas al clero secular, erigidas en reducciones indígenas, o las iglesias misioneras de otras órdenes, principalmente franciscanas, tendrán un diseño y estructura muy similares. Formas emparentadas con las de la iglesia jesuita en Tópaga pueden observarse en otro templo colombiano ubicado en Sutatausa, un asentamiento que fuera entregado al cuidado del clero secular. Cerca de la iglesia jesuita Andahuaylillas en Perú, se levanta una iglesia parecida, en Huaru, parroquia de la antigua reducción indígena. No conocemos nada de los templos en las zonas de la misión jesuita guaran , ya que fueron edificados con materiales perecederos, pero aparte de la evidencia de archivo, pueden resultar de alguna ayuda, en la reconstrucción de sus estructuras arquitectónicas, las iglesias jesuitas levantadas en el siglo XVIII en la región indígena de Chiquitos (KUBLER, SORIA, 1959, p. 100), así como las iglesias de las misiones franciscanas alrededor de Paraná y las fundaciones cerca de Asunción (KUBLER, SORIA, 1959, p. 100). Ejemplos de esto último son los templos franciscanos en los pueblos de Yaguarón [fig. 5], Capiatá y Caazap  en la región de Asunción; todos ellos lucen una arquitectura sumamente interesante. Aunque con diferentes detalles decorativos, presentan formas semejantes las iglesias de San Francisco o San Agustín en Momp s, en Colombia. Tras la expuls n de los jesuitas, las tradiciones arquitectónicas iniciadas por la orden continuaron en funcionamiento para edificar templos no jesuitas; verbigracia, las iglesias de la isla de Chiloé. El templo más antiguo de Achao en la isla de Quinchao fue construido por los jesuitas, pero las iglesias que se erigieron más tarde, aunque conservadas en formas similares, se construyeron en su mayoría a finales del siglo XIX y principios del XX.



Fig. 5. Iglesia franciscana Yaguarón, 1755-1772, exterior e interior. Paraguay [fot. E. Kubiak 2011].

El material de construcción

En el el proceso de construcción, tanto de los templos como de los poblados misioneros en su totalidad, gozaba de una gran importancia el empleo de ciertos materiales. En el primer período de existencia de los poblados, se utilizaron materiales no duraderos, pero estrechamente relacionados con la tradición local, como la madera o el adobe. Al cabo de algún tiempo, las viejas estructuras fueron reemplazadas por otras nuevas, a veces con el uso de los mismos materiales. Sin embargo, en algunas ocasiones, ya se erigieron edificios de piedra, con una estructura y un plan complejos, con el empleo de formas mucho más cercanas a la arquitectura europea que a la misionera. En estos casos, de la construcción se encargaban arquitectos profesionales, como el italiano Juan Bautista Prímoli.

No obstante, los materiales utilizados con mayor frecuencia en la arquitectura misionera de todas las regiones fueron la madera y el adobe; a veces se combinaban ambos, a veces solo se empleaba la madera. Según podemos leer en un relato anónimo de la misión de la región de Mojos, “(...) las Iglesias son espaciosas y de buena arquitectura, haciendo las maderas su principio adorno” (ABNB, M. y Ch., GRM, vol. 24, II, f. 8 r.), o en otro, de Diego Francisco de Altamirano, que data de 1713: “(...) acomodándose a los materiales que lleva la tierra, donde totalmente se carece de cal y canto, sólo de madera se han erigido edificios firmes y airosas, Iglesias de tres naves sobre hermosas columnas” (ALTAMIRANO, 2005 [1713], p. 72). Al parecer, en el contexto de la arquitectura misionera, la madera cumplía más funciones que las meramente prácticas y estéticas. El estrato extravisual no carecía de significado. La madera como material, derivado de la Naturaleza, era considerada como portadora de un contenido oculto, inaprensible a primera vista. No cabe la menor duda de que un valor añadido, y a la vez claramente identificable, era el olor específico que despedían

las iglesias de madera. Puede recordarse como ilustración de este tipo de percepciones, la mención que de la iglesia de San Francisco en Sucre (aunque hecha de ladrillo, hasta hoy en día se halla cubierta con un artesonado) hizo Reginaldo de Lizárraga, cuando la visitó a principios del siglo XVII: “(...) la iglesia es cómoda, de una nave, cubierta toda a dos aguas con madera de cedro. En entrando en ella huele muy bien” (LIZÁRRAGA, 2013 [1603], p. 35). Según se adivina, el autor hacía referencia al olor de la madera.⁴ Las primeras iglesias de la isla de Chiloé no eran tal y como hoy las conocemos. Los jesuitas celebraban misa bajo estructuras de madera techadas, unas *ramadas* (LOZANO, 1755, p. 41), es decir, unas emparradas o marquesinas sostenidas sobre estacas. Este término aparecerá más adelante en las descripciones de las misiones bolivianas y paraguayas para referirse a los pórticos-galerías, frente a las casas, como corredores techados y apoyados sobre pilares de madera.⁵

Al escribir sobre la arquitectura de las misiones en América del Sur, es necesario subrayar que, además de la madera, derivado de la Naturaleza, el material de construcción tradicional por excelencia era el adobe secado al sol, o simplemente la arcilla, como elemento extraído de la tierra, con la cual los indígenas sentían una conexión especial y sagrada. José Cardiel describió el uso específico de ambos materiales naturales en el siglo XVIII, refiriéndose a una misión entre los guaraníes. El autor nos relaciona al detalle las etapas de la construcción del templo, con el uso de los troncos arraizados para crear las columnadas entre las naves y adobe para levantar los muros (CARDIEL, 2009 [1771], p. 36-37).

Es obvio que, por un lado, el uso de materiales naturales estuvo dictado por la tradición, pero por el otro, se debió al pragmatismo. Sea como fuere, si se lleva a cabo una investigación sobre este tema, ambos factores deberían tenerse en cuenta. George Kubler, al describir las misiones franciscanas en el noreste de Arizona, cita un ejemplo interesante del “orden de construcción” característico de la tribu Pueblo. Se guardan muchas reliquias de la arquitectura antigua en el valle del río Grande y en el país de los Hopi, así como una sólida tradición habitacional en los asentamientos, con planificación y construcción propias. Los franciscanos, que cristianizaron a sus habitantes, se adaptaron a las costumbres imperantes

⁴ Hace referencia a una construcción anterior; la actual fue realizada entre los años 1618-1630, es decir, tras la visita de Reginaldo de Lizárraga, QUEREJAZU, 1995, p. 259; MESA, GISBERT, 2002 [1970], p. 185.

⁵ BOYD-BOWMAN, 1972, p. 778; el autor da varios ejemplos del uso del término, principalmente en relación con la arquitectura residencial: “tienen casas grandes con ramadas grandes delante”, “tres bohíos y una ramada”. También encontró el término ramada para referirse una estructura de madera en contraste con una estructura de piedra: “hay iglesias formadas, muchas de piedra y otras de ramada”.

entre los indígenas Pueblo y también las conservaron al construir templos cristianos. En dichas comunidades, funcionaba la matrilocalización, así que eran las mujeres las encargadas de proporcionarle un lugar de residencia a toda la familia. Ciertas costumbres también se trasladaron al proceso de construcción de las iglesias: los hombres abastecían del material necesario, madera cortada y ladrillos de adobe, y las mujeres levantaban con ellos el edificio, un templo (KUBLER, 1985 [1961], p. 68).

Con cierta frecuencia, en los informes sobre las misiones jesuitas, sus autores se remontan a lejanas tradiciones que atribuyen significados sacros de índole extratemporal y extrageográfico a materiales naturales. Diego Francisco de Altamirano, en su descripción de la iglesia en Loreto, en el área de la misión entre los nativos Mojos, señala que los jesuitas "(...) se inclinaron a fabricar en Loreto casa más cómoda y lucido templo: su material es de adobes crudos como eran las fábricas de Egipto en que Faraon afligió a los descendientes de Jacob antes que Moisés los rescates de duro cautiverio" (ALTAMIRANO, 1979 [1712], p. 72). Por otro lado, Amédée-François Frezier escribe que, en el Perú, el "material común" utilizado en la arquitectura es el ladrillo de adobe, un poco más grande en Chile y más pequeño en Perú ("les matériaux ordinaires des bâtiments particuliers font des Adoves"). También informa de que, debido a la escasez de lluvias, se hace posible utilizar dicho material de construcción. Aunque este autor también explora en la tradición en cuanto al empleo de ladrillos secos en la arquitectura, no lo asocia, como Altamirano, con Egipto y con los tiempos de los profetas, sino con la antigua Roma, remontándose a Vitruvio (FREZIER, 1717, p. 462). Por supuesto, los aspectos prácticos también fueron muy importantes en el uso del adobe; sobre todo por la naturaleza flexible y las propiedades "antisísmicas" de este material, características apreciadas especialmente en la costa peruana y la sierra andina, las regiones de la zona más afectadas por los terremotos (STEVENSON, 1925, p. 210-211). Como afirma William Bennet Stevenson, se consideró que el ladrillo de adobe era mejor que la piedra porque su flexibilidad lo hacía más resistente a todo tipo de movimientos sísmicos. Así pues, el tipo de material utilizado en la arquitectura dependía tanto de la localización como las costumbres.

Variedades locales de la arquitectura misionera

Colombia y el altiplano peruano

Las iglesias colombianas, las llamadas *doctrinas*, y las *reducciones* peruanas, ambas situadas en las alturas, guardaban muchas similitudes, pero también poseían características

propias que las distinguían entre sí. El rasgo común más importante era la función de la iglesia y el hecho de que los templos en estas áreas pertenecían a una red extremadamente extensa de templos (no solo jesuitas) ubicados en reducciones indígenas. Por esta razón, las analogías más cercanas deben buscarse en los pueblos vecinos de similar naturaleza, y no entre otras iglesias pertenecientes a la Compañía de Jesús. Todas las iglesias también mostraban una estructura parecida: eran de una sola nave con construcciones de madera de techos. El elemento más importante diferenciador entre los determinados grupos de templos era la especificidad de sus decoraciones y la composición de sus fachadas.

Como ejemplo, a la iglesia de los jesuitas en Tópaga le yuxtapondremos una iglesia en Sutatausa, sujeta al clero secular. Aparte de sus similitudes en el diseño de la fachada y de la estructura de los templos, nos llama la atención la composición precisa de la fachada de ambas iglesias: la de Sutatausa es muy modesta, con una entrada porticada, marcada con tramos de cornisas que dejan insinuar los soportes; a su vez, la de Tópaga también se halla desprovista de ornamentos, pero está hecha de piedra, contrastándose así del muro pintado en blanco. Sin embargo, el elemento más característico de ambas fachadas es el pseudopórtico o soportal, es decir, un espacio que se logró a base de hacer sobresalir el tejado. Por lo general, una estructura de este tipo se apoya en columnas o pilares, pero en las iglesias colombianas el soporte del techo se ejecutó con el adelantamiento de las paredes laterales. Además, se incorporó un enorme campanario a la derecha de la fachada. Guadalupe Romero Sánchez, en su análisis de los elementos característicos de la arquitectura de las iglesias en los pueblos indígenas colombianos, y en concreto en relación a los soportales, presenta evidencias archiviales sobre el uso funcional, estos espacios eran los lugares donde a los niños se les enseñaba la religión católica (ROMERO SÁNCHEZ, 2010, p. 91; REINA MENDOZA, 2008). La composición de las fachadas, que vemos en las iglesias de Tópaga y Sutatausa, no es privativa de estas iglesias, sino que se puede encontrar en muchas otras *doctrinas*, tales como las de SÁCHICE, Zipacón, Cucaita y Otenga (ROMERO SÁNCHEZ, 2010, p. 90-95, 109, 256, 313; ROMERO SÁNCHEZ, 2012, p. 60-62, 943-953).

A las iglesias se les confería su toque personal mediante el diseño de los interiores. En Sutatausa, el elemento decorativo más valioso, por su singularidad, son las policromías,⁶ mientras que en Tópaga se distinguen las tallas del altar. Incluso en la época colonial, Juan Rivero, en su libro *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanares y los Ríos Orinoco y Meta*, publicado en 1736, describía con bastante precisión la iglesia que visitó en Tópaga. Al autor se le nota harto impresionado por el templo; escribió que el padre Francisco Ellauri había reconstruido la iglesia “desde sus cimientos” (RIVERO, 1883 [1736], p. 95), y también:

(...) perfeccionó una iglesia de calicanto, y la cubrió de teja; hizo en ella tres tabernáculos hermosamente dorados, adornola de ricos ornamentos, de imágenes preciosas de bulto que llevó desde Santa-Fe; hermoseó la iglesia con colgaduras ricas, con ciriales é incensarios de plata, lámparas y candeleros de lo mismo (RIVERO, 1883 [1736], p. 95).

En el interior de la iglesia, admiramos la riqueza de ornamentos dorados que recubren el altar mayor, el arco triunfal y el extenso conjunto de altares laterales, entre los cuales también se ven paneles de madera dorados y bellamente tallados con imágenes de santos jesuitas y espejos, que acentúan aún más la ya de por sí suntuosa decoración (WUFFARDEN, 2002, p. 234). Importante figura de culto en la iglesia de Tópaga es la de San Judas Tadeo, como lo demuestra no solo la presencia de sus imágenes, sino también un conjunto de pinturas votivas dedicadas al santo. Las iglesias en las reducciones de nativos americanos de la región de Cuzco y la zona del Collao poseen una estructura arquitectónica muy semejante: también son iglesias de una sola nave, a veces cuentan con un transepto, son cubiertas con un techo a dos aguas, con nudes y tirantes visibles desde el interior. Son edificios erigidos sobre plataformas, a fin de dominar el panorama a su entorno. Este es el caso de las iglesias de San Jerónimo, Andahuaylillas y Urcos, en la región de Cusco, y de Asunción o San Pedro en Juli en Collao (FLORES OCHOA, KUON ARCE, SAMANEZ ARGUMEDO, 1993, p. 106). Otro rasgo distintivo de las iglesias de la región es la composición de la fachada, con un balcón sobre el portal, que sirve como capilla abierta, lo que puede observarse en la iglesia jesuita de

⁶ Con ayuda de un ilusionismo pictórico, los muros interiores de la nave se dividen en arquerías trazadas rítmicamente con columnas de orden corintio, que soportan el entablamento con un friso lleno de ornamentos manieristas. En cada una de las arquerías, se contemplan escenas figurativas que representan episodios seleccionados de la Pasión de Cristo, entre las cuales también se encuentra una composición que muestra el Juicio Final (VALLIN, 1998, p. 81-84). El estado de conservación de las decoraciones es bastante bueno en comparación con otras iglesias de las *doctrinas* colombianas, aunque se pueden encontrar decoraciones policromadas en otros lugares, como en Monguí (VALLIN, 1998, p. 86-87). Tunja fue un centro muy importante de desarrollo de la pintura mural, no solo en edificios sagrados, sino también en residencias seculares (VALLIN, 1998, p. 89-129; SEBASTIÁN, 2007 [1990], p. 100-104). Sobre la importancia de la pintura mural en las iglesias de los asentamientos indígenas en Colombia, ver también Guadalupe Romero Sánchez (2010, p. 144-151).

Andahuaylillas, así como en otros templos de las reducciones de la zona, como San Jerónimo, Huasac, Colquepata y San Pedro de Acomayo.

Asimismo, es característica diferencial de las iglesias de los asentamientos indígenas, en las regiones de Cuzco y Collao, el rico diseño de interiores y decoraciones realizadas con la técnica de pintura mural. La temática de las representaciones se centra en escenas de la vida de Cristo, María y algunos santos, por lo común asociados con la advocación de la iglesia en concreto, así como en la ilustración de los arcanos de la fe católica, tal el misterio de la Eucaristía o la existencia de la Santísima Trinidad. Se conjeturaba que las imágenes ayudarían en la enseñanza religiosa al visualizar sus diversos aspectos (FLORES OCHOA, KUON ARCE, SAMANEZ ARGUMEDO, 1993, p. 107). Pueden admirarse ricas decoraciones pictóricas en las iglesias de Andahuaylillas, Huaró, Chinchero, Pitumarca o Pitumarca (región cusqueña) y en el templo de la Asunción en Juli (Collao) (MACERA, 1993; FLORES OCHOA, KUON ARCE, SAMANEZ ARGUMEDO, 1993; MESA, GISBERT, 1982, p. 243-251).

Estas ricas decoraciones de las iglesias solían planificarse en el marco de la coexistencia de varios elementos del diseño de interiores. La pintura mural, antes mencionada, desempeñaba un papel importante, pero las tallas cubiertas de dorado y los conjuntos de pinturas de caballete también deben considerarse como relevantes en grado sumo. En la iglesia de Andahuaylillas se contempla un impresionante interior que abarca todos estos elementos. Las policromías, atribuidas a Luis de Riaño y con fecha anterior a 1626, se sitúan en la parte baja de los muros de la nave, forman el portal de entrada al baptisterio y también se hallan a ambos lados de la puerta de la iglesia, donde se contemplan dos escenas pictóricas que representan el camino al cielo y el camino al infierno, ejecutadas según los gráficos de Hieronymus Wierix (MESA, GISBERT, vol. I, 1982, p. 237-238). Además, en la parte superior de los muros de la nave, pende una hilera de óleos bastante grandes, imitados por riquísimos marcos dorados, adecuados en forma y disposición al interior de la iglesia, mientras que la armadura una vez más está decorado con las policromías (CASTILLO CERF, 2017, p. 91-92).

Las misiones entre los indígenas guaraní, chiquitos y mojos

A pesar de las diferencias regionales, las formas arquitectónicas de las iglesias en las misiones de las zonas guaraní, chiquitos y mojos deberían presentarse en su conjunto. En la región guaraní, la industria de la construcción fue la primera en desarrollarse, siendo

precisamente esta área objeto de consideraciones sobre la sistematización de las formas. Al hilo de las teorías de Maria J. Buschiazz, George Kubler ofrece una división de la historia de la misión de los indios guaraníes y de su arquitectura en tres períodos. El primero abarcaría casi todo el siglo XVII. Entonces, la estructura de las iglesias era sencilla: el techo estaba sostenido por postes de madera y el espacio interno limitado por muros cortina, no estructurales, fabricados de adobe o ladrillo. En el segundo período, es decir, más o menos entre los años 1690-1725, se erigieron fachadas de piedra en las iglesias y las paredes se reforzaron con columnas de madera. Finalmente, en el tercer período, desde 1725 hasta el final de la misión, las restantes iglesias se convirtieron en estructuras abovedadas de piedra, construidas bajo la supervisión de arquitectos profesionales (KUBLER, SORIA, 1959, p. 100). Horacio Bollini y Darko Sustersic proponen una división ligeramente diferente, en cuatro etapas; las dos primeras relacionadas con la formación de la arquitectura de madera (1610-1641 y 1641-1695), y las otras dos correspondientes a los tiempos de formación de las estructuras de piedra (1695-1730 y 1730-1768) (BOLLINI, 2009, p. 61-62; SUSTERSIC, 2004 [1999], p. 29-64). A su vez, Norberto Levinton propone solo dos períodos: entre 1609-1731, con predominio de la arquitectura de madera, y entre 1731-1767, con predominio de la arquitectura de piedra (LEVINTON, 2008, p. 45-102). Sin embargo, todos coinciden en que, en el estudio la arquitectura de madera de las misiones guaraníes, que no ha sobrevivido hasta nuestros días, los mejores objetos que pueden acercarnos a las formas de las antiguas iglesias son los templos de la misión de Chiquitos (KUBLER, SORIA, 1959, p. 100) o los de los franciscanos del siglo XVIII en las cercanías de Paraná, así como las fundaciones en los alrededores de Asunción (CHASE, 2000, p. 521). Valgan como ejemplos: las iglesias franciscanas de 1670-1784 en Yaguarón, en la región de Asunción (KUBLER, SORIA, 1959, p. 100), la iglesia en Capiatá o las iglesias de las reducciones bolivianas entre los indígenas chiquitos en Concepción [fig. 6], San Francisco Javier [fig. 7], San Rafael, San Miguel y San Ignacio.⁷

⁷ MESA, GISBERT, 2002 [1970], p. 241–258; formas parecidas existían hasta hace poco tiempo entre los nativos mojos en Exaltación o en San Ramón.



Fig. 6. Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, Chuiquitos, el siglo XVIII, fachada e interior, Bolivia [fot. E.Kubiak, 2004].

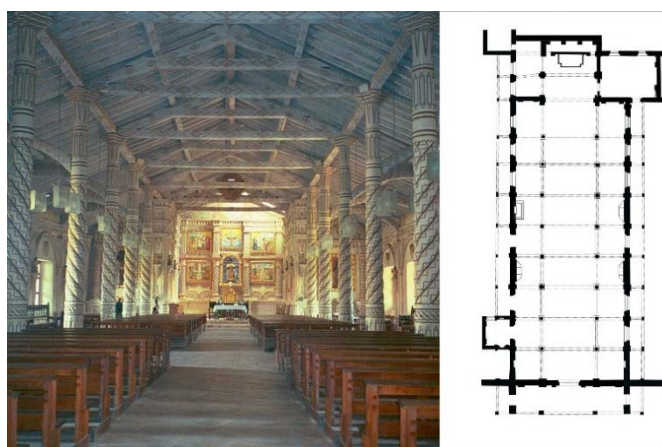


Fig. 7. Iglesia de San Francisco Javier, Chuiquitos, el siglo XVIII, interior y planta, Bolivia [fot. E.Kubiak, 2004].

Debe añadirse que los primeros constructores fueron monjes ordinarios. En la década de 1730, se fundaron varias iglesias en diferentes misiones bajo el liderazgo del Padre Bartolomeo Cardenas; después, hacia 1678, Domenico Torres erigió la iglesia de San Nicolás y colaboró también en la construcción de iglesias en las reducciones de San Carlos, Loreto y San Ignacio Miní. En el caso de estas últimas, se hicieron máximos esfuerzos para adaptarlas a los gustos locales y se aprovecharon las habilidades de artesanos y artistas nativos en la mayor medida posible, para la construcción y adorno de los templos. Estas nuevas iglesias emergentes tenían que resultar tan familiares como fuera posible en sus estructuras y, en consecuencia, también aceptables, con el fin de facilitar el trabajo misionero de los monjes. Este sistema de estructura, ya descrito y mencionado no solo por José Cardiel, sino también por otros visitantes de la misión, como lo hiciera Pedro Lozano en su relación de 1755 (LOZANO, 1755, p. 767), podría ser considerado el rasgo más típico de las iglesias misioneras guaraníes. Aún se sigue debatiendo sobre las interpretaciones antropológicas y el grado de influencia de la cultura indígena en la arquitectura misionera, pero no parece posible

elucidarlo del todo, particularmente debido al número insuficiente de fuentes sobre la cultura nativa datados en el siglo XVII.⁸

Un mecanismo, absolutamente diferente, habría de determinar la arquitectura tardía de la misión entre los indígenas guaraníes, donde en los asentamientos existentes desde hacía muchos años se decidió introducir una arquitectura “europea”, diseñada por arquitectos profesionales. Testimonio del funcionamiento de estas estructuras excepcionales lo constituyen tanto las ruinas que siguen en pie hasta hoy, y en las que se puede reconocer el antiguo esplendor de los objetos, como las descripciones archivales que confirman la prodigalidad y riqueza de las antiguas fundaciones en São Miguel (Brasil), Loreto,⁹ San Ignacio Miní (Argentina), San Ignacio Guazú,¹⁰ Trinidad y Jesús de Tavarangue (Paraguay). En estas misiones, la contratación de un arquitecto europeo supuso el “traslado” de impresionantes patrones arquitectónicos de Europa inusuales para los lugareños. El inicio de este fenómeno se registró ya a finales del siglo XVII, con el principio de la actividad de dos monjes: Antonio Sepp y Juan Karus, quienes deberían contarse entre los arquitectos operantes de mayor importancia en estas áreas. El primero de ellos fue el autor de la iglesia en la misión de San Juan, y tras su muerte, las obras de este edificio fueron continuadas por Juan Karus, cuyo último período de actividad estuvo vinculado a la erección de la iglesia en la reducción de Santo Tomé. Sin embargo, sería un italiano, Juan Bautista Primoli, nacido en Milán, el más importante de los arquitectos de las misiones paraguayas. El artista llegó a la región del Río de la Plata antes de 1717, trabajando primero en Buenos Aires y Córdoba, y luego en las reducciones, incluidas las de São Miguel, Concepción y Trinidad (GIURIA, 1950, p. 36-37). El período de “piedra” en el desarrollo de la arquitectura de los asentamientos guaraníes es el más significativo y especial para esta región, ya que, en ninguna de las otras áreas examinadas, el funcionamiento de las reducciones entró en una fase de tal consolidación y durabilidad, que se decidiera sustituir templos sencillos por formas misioneras de la arquitectura “europea”.

⁸ En opinión de Norberto Levinton (2008, p. 27-28), Darko Sustersic interpreta erróneamente las diferencias entre og-guazú (casa grande) y og-je-kutú (casas comunes), de ahí su mala aplicación a la arquitectura sacra de la época de las misiones.

⁹ Inventario de 176: “Una iglesia edificada en sesenta y cinco varas de largo, y treinta de ancho, con tres naves, crucero, media naranja, y presbiterio, paredes de piedra” (ANCh, Fondo Jesuitas, Sign. 141, 4, f. 246 v.).

¹⁰ En los inventarios de las Iglesias en San Ignacio Guazú y San Ignacio Miní de 1768, leemos: (San Ignacio Miní) “(...) primeramente la iglesia de tres naves con media naranja en todo cumplida” (ANCh, Fondo Jesuitas, Sign. 141, 1, f. 3 v.); San Ignacio Guazú “(...) una iglesia de tres naves 6 cuerpos con cinco retablos dorados” (ANCh, Fondo Jesuitas, Sign. 141, 4, f. 302 v.); “media naranja”, (ANCh, Fondo Jesuitas, Sign. 141, 4, f. 305 v.).

Por supuesto, los elementos locales, especialmente en las formas de los relieves que adornan las paredes, continuaron estando presentes en las decoraciones de los templos, incluso en las iglesias erigidas según diseños realizados por arquitectos profesionales.

En Bolivia se encuentran iglesias misioneras en la región de Chiquitos. Después de las obras de remodelación, las iglesias de San José de Chiquitos, San Javier, Concepción y San Rafael lucen de un modo muy original, ya que nos presentan la imagen genuina de la arquitectura misionera de la región no solo por su forma y estructura, sino sobre todo por ser un testimonio del rico diseño de interiores y de la tradición decorativa, vigente hasta hoy en día.

Hasta el día de hoy, la población de la región de las antiguas misiones en Mojos y Chiquitos percibe la diferencia local de su cultura a partir de la mezcla de antiguas costumbres indígenas y de elementos introducidos por los jesuitas. La música y la cultura misioneras son un elemento de identidad regional para los pueblos indígenas. En la región misionera de Mojos, no se ha conservado ninguna de las iglesias jesuitas, pero en San Ignacio, por ejemplo, decidieron emplear patrones tradicionales y soluciones formales para construir (o reconstruir) una nueva iglesia.

Chiloé

En la isla de Chiloé, la mayoría de las iglesias la constituyen proyectos de los siglos XIX y XX, pero la fuente de inspiración para la arquitectura sacra de madera, actualmente existente, estuvo en las iglesias misioneras jesuitas del siglo XVIII.

Resulta interesante observar que, en algunos casos, la arquitectura misionera jesuita se haya convertido en uno de los elementos más destacables en la configuración del sentido de identidad local. Ya se ha nombrado la concurrencia de este fenómeno en la región de las antiguas misiones de Mojos y Chiquitos, pero en el Chiloé chileno, el sentido de diversidad cultural también se ha formado sobre la base de ciertos elementos de la antigua cultura misionera. En esta última región, los jesuitas aparecieron en fecha muy temprana, en 1595, y en un principio, en Chiloé e islas circundantes, operaban misiones “circulares”. A partir de 1608, los jesuitas residieron de forma permanente en Castro, desde donde partirían en viajes

misioneros por rutas establecidas preciamente,¹¹ con intervalos determinados de tiempo. Paso a paso, se empezaron a construir iglesias en lugares más importantes; a mediados del siglo XVIII los jesuitas fundaron, además del templo y del colegio, a la sazón en funcionamiento en Castro, residencias fijas con iglesias en Achao, Chacao, Chonchi (MORENO JERIA, 2007, p. 163) y Cailín (GUARDA, 1984 21). El material de construcción local, es decir, la madera, se utilizó para la construcción, y los objetos arquitectónicos allí creados se convirtieron en el escaparate de la región. Las iglesias de Chiloé guardan muchos rasgos en común con los templos misioneros jesuitas de otras regiones, pero también poseen elementos “personales”. Al igual que las primeras iglesias en Paraguay y los templos del este de Bolivia, presentan una estructura de pseudobasílicas de tres naves, pero en lugar del techo con la construcción visible, se construyeron bóvedas falsas de madera.



Fig. 8. Iglesia exjesuita, Achao, siglo XVIII, fachada e interior, Chile [fot. E. Kubiak, 2012].

Elemento representativo sólo de la región chilota es una torre maciza ubicada en el eje de la fachada (CABEZA MONTEIRA, 2003, p. 12; MONTECINOS BARRIENTOS, 1988, p. 43), así como un antetemplo porticado, a la entrada de la iglesia, y algunas formas decorativas y ornamentales trabajadas en madera. El monumento más antiguo de la región es la antigua iglesia jesuita de Nuestra Señora de Loreto en Achao [fig. 8], en la isla de Quinchao (MONTECINOS BARRIENTOS, 2008, p. 11; GUARDA, 1984, p. 59), de finales del siglo XVIII. Se trata de un templo de tres naves, probablemente construido entre 1730 y 1750. Para su edificación se utilizaron las especies de madera propias de la zona, como el alerce y el ciprés, muy abundantes en Chiloé y que eran empleadas por los habitantes para la construcción de

¹¹ GUTIÉRREZ, 2003, p. 17–18; la forma de funcionamiento de la misión fue tomada por los franciscanos, GONZALEZ DE AGUEROS, 2007 [1791], p. 161.

barcas. Se compuso su fachada como una galería de cinco arcadas, de entre las cuales la central es más amplia, como para destacar la entrada principal al templo. Por encima de las arcadas se yergue una torre de dos segmentos sobre el eje mismo del edificio, uno cuadrilátero y otro octagonal respectivamente (BAILEY 2002, p. 284–286; MANCILLA PÉREZ 2004 [1987], p. 30-31). En el interior de la iglesia, nos encontramos con una pseudobasílica de tres naves. Resulta muy interesante la composición del techo de la nave, formado por tres bóvedas falsas superpuestas y cubiertas con una decoración que insinúa las nervaduras, elaboradas con esmero, una a una, y rematadas con un adorno de encaje. A su vez, la localización de los altares laterales fue puesta de relieve mediante cúpulas falsas de ocho segmentos, muy aplanadas, colocadas en los techos de las naves, en las cuales las lamas divisorias presentaban una decoración similar a las nervaduras de la nave.

En una relación de 1791, puede leerse que las iglesias conforman los elementos dominantes del paisaje, “(...) lo que únicamente vemos con intermediación al mar son las Iglesias” (GONZALEZ DE AGUEROS, 2007 [1791], p. 85). Acerca del templo conservado en Achao, se nos informa de que en él se encuentra “(...) lo mejor que se halla en todo aquel Archipiélago. La iglesia, que es de tres naves, es toda ella, aunque de madera, de particular y prolixa arquitectura” (GONZALEZ DE AGUEROS, 2007 [1791], p. 159). Por su parte, basándose en hallazgos anteriores, Gauvin Alexander Bailey enumera a dos artistas relacionados con la construcción de la iglesia: Anton Miller y Michael Choller (BAILEY, 2002, p. 284–286; BAILEY, 2006, p. 220; PEREIRA SALAS, 1965, p. 114). El autor cree que la influencia de las formas del sur de Alemania (BAILEY, 2006, p. 212, 222-224) se puede advertir sin dificultad en la arquitectura religiosa de Chiloé. En su opinión, la torre colocada en la fachada destacaría el parecido de la iglesia de Achao con la Peterskirche de Munich (construcción del siglo XVII y decoración del XVIII) o con la de Margarethenkapelle de Salzburgo (1491), y el pórtico de arcos es susceptible de ser comparado con una pequeña capilla, sita cerca de una iglesia de peregrinaje en Einsiedeln, en Suiza (BAILEY, 2006, p. 222). Las tres analogías parecen difíciles de aceptar. La primera de estas iglesias europeas es, en mi opinión, de forma demasiado monumental y de composición demasiado vertical; la torre alta en la fachada se asocia más bien a las normas arquitectónicas de las catedrales alemanas y de la tradición medieval. El segundo objeto es una pequeña capilla en el cementerio de Salzburgo, coronada con una especie de campanil; aquí también parece dudosa la similitud con las iglesias de Chiloé.

Además, las arquerías y pórticos son distintivos de la arquitectura de peregrinaje, por un lado, y de los edificios sagrados de madera, por el otro, aunque no necesariamente ligados a la religión católica. Sin embargo, la otra tesis de Bailey sobre cierta tradición arquitectónica, conforme a la cual existía la costumbre en Chile de erigir las fachadas de las iglesias con una enorme torre ubicada en el centro, parece ser de todo plausible. El autor ofrece muchos ejemplos que sostendrían conjetura. El primero, que describiera en su estudio, fue la desaparecida iglesia jesuita de San Miguel en Santiago de Chile, conocida por un dibujo de Johann Moritz Rugendas de 1839 con sus descripciones. El templo fue construido entre los años 1751-1766, a cargo del arquitecto Franz Grueber. Se contempla una torre baja y maciza en la fachada de la iglesia, que consta de dos segmentos: un cuadrilátero y un octágono. El autor también nos ofrece otros ejemplos de esta clase de iglesias, levantadas en diferentes épocas: San Francisco en Curimón (terminada en 1765, con una torre erigida a finales del siglo XIX) (GUTIÉRREZ, 2002 [1984], p. 186), Buen Pastor en San Felipe y la iglesia de la romería de San Antonio de Padua del Almendral (después de 1873), así como la iglesia de Santa Ana en Santiago de Chile (después de 1806).¹² Se podrían agregar muchos otros a esta lista, como la Iglesia de San Francisco en Valparaíso (después de 1843) o el templo de los franciscanos recoletos en Santiago de Chile (fuertemente transformado en 1730-1811, tras el terremoto). Asimismo, Bailey afirma que la decoración interior de la iglesia, adornos hechos de madera, se asemeja a los elementos de estuco en las bóvedas de las iglesias del sur de Alemania; verbigracia, la iglesia de los padres norbertinos en Obermarchtal, Baviera (1686-1701). Aunque aquí también se hace difícil acordarse con las analogías señaladas por el autor, su próxima tesis difundida sobre la singularidad del tallado en madera de la región de Chiloé resulta perfectamente comprensible (BAILEY, 2006, p. 225–227), ya que no solo constituye un elemento formal importante de las iglesias, sino que también forma parte de la identidad artística de la región.¹³

En Chiloé, aparte de la iglesia en Achao, no se ha conservado ningún otro templo jesuita, aunque nos consta que existieron. La iglesia de Castro era “(...) muy espaciosa, y de tres naves, con Sacristía correspondiente, (...) y adorno de los Altares” (GONZÁLEZ DE

¹² BAILEY, 2006, p. 223; sobre el tema de la Iglesia jesuita de San Miguel en Santiago de Chile ver también: PEREIRA SALAS, 1965, p. 109–111.

¹³ El primero en advertirlo fue el investigador chileno Isidoro Vázquez de Acuña, PEREIRA SALAS, 1965, p. 263–264.

AGUEROS, 2007 [1791], p. 158), hoy reemplazada por una estructura de 1910, construida según los diseños del arquitecto italiano Eduard Provasoli. La iglesia actual fue proyectada para edificarse con ladrillo, pero el edificio, a pesar de gozar de dimensiones y formas bastante monumentales (una basílica de tres naves con bóvedas falsas y cúpula, y una fachada de dos torres), finalmente se construyó de madera, en la línea tradicional de la región. Las obras fueron dirigidas por un padre franciscano, Ángel Subiabre, y talladores de madera locales, bajo la supervisión de Salvador Calixto Sierpe, se encargaron de llevar a cabo casi todos los trabajos.¹⁴ [fig. 9]

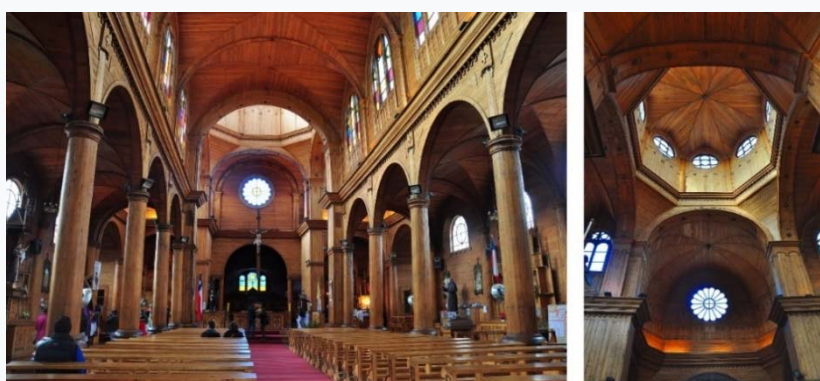


Fig. 9. Iglesia de San Francisco, Castro, arq. Eduardo Provasoli, 1910, interior, Chie [fot. E. Kubiak, 2012].

Si bien es verdad que la iglesia en Chonchi, mencionada entre otras iglesias jesuitas (GONZALEZ DE AGUEROS, 2007 [1791], p. 158), existe hasta el día de hoy, ha sido reconstruida en gran parte. En 1769 se la describía como un edificio de madera, de tres naves, cubierto de teja y sólo a medio levantar. Los trabajos de remate de las obras de construcción fueron realizados por los franciscanos, entre los que se menciona, como principales artistas, a los padres Juan Bautista Perian y Felipe Linares (GUARDA, 1984, p. 65). Por aquel entonces, se le agregaron tres altares, se transformaron la torre y la sacristía. Luego, fue reconstruida en 1849. La iglesia actual data de 1883, pero se la reedificó tras el incendio en 1907, pasando por otro proceso de renovación entre los años 1995 y 2004 (MONTECINOS BARRIENTOS, 2008, p. 31; MANCILLA PÉREZ, 2004 [1987], p. 52-53).

En el lugar de las antiguas iglesias jesuitas, se reconstruyeron edificios de formas similares. Esta práctica se mantuvo incluso después de que las misiones jesuitas fueron reemplazadas por las misiones franciscanas y de que el clero secular se hiciera cargo de las

¹⁴ MONTECINOS BARRIENTOS, 2008, p. 23; GUARDA, 1984, p. 62; sobre el tema de esta misma localidad ver también: MANCILLA PÉREZ, 2004 [1987], p. 38-39.

iglesias, gracias a lo cual se formó la arquitectura religiosa tradicional de la región, hoy representada por varias decenas de edificios. Las iglesias del siglo XIX en Dalcahue en Chiloé o en Aldachildo e Ichuac en la isla de Lemuy, (MONTECINOS BARRIENTOS, 2008; GUARDA, 1984; MANCILLA PÉREZ, 2004 [1987]) son ejemplos de este característico conjunto de monumentos. En este último pueblo, el templo ya existía en la época jesuita, pero fue construido después de 1754. En su cercano desembarcadero, los habitantes de la localidad recibían a los padres jesuitas provenientes de Castro y, en procesión, los conducían a la capilla de Ichuac, que era el primer jalón en la antigua ruta de la “misión circular”.¹⁵ La arquitectura de madera no fue privativa de los espacios sagrados, también lo fue de los residenciales. Además de las casas con estructuras simples, parecidas en sus formas a las de la arquitectura europea, se han conservado habitáculos colocados sobre pilares, los denominados *palafitos* (GUARDA, 1984, p. 29), generalmente situados en bahías poco profundas.

A mi juicio, constituye un tema de gran interés, relacionado con las formas de las iglesias en Chiloé, el intento de plasmar en madera elementos propios de la arquitectura de ladrillo. Con ello me refiero tanto a la decoración del exterior como a las soluciones existentes en el interior de las iglesias. Igualmente me parece importante la presencia de detalles correspondientes a los órdenes arquitectónicos; por ejemplo, vemos columnas con base y capitel, lo cual también es característico de la arquitectura de las regiones de Mojos y Chiquitos. Aún de mayor relevancia es encontrarnos, tanto en los interiores como en las fachadas, con estos elementos en su entablamento, mayormente del orden dórico. Triglifos y metopas, tratados con bastante libertad, se hallan repartidos en los frisos, por encima de las arquerías de los pórticos, en las fachadas de las iglesias de Chonchi, Ichuac y Aldachildo [fig. 10]. En ocasiones, estos detalles aparecen también en el entablamento de los portales, como en la iglesia de Dalcahue; a su vez, en el templo de Quinchao, a las columnas se les dio forma cuadrada y sus cuerpos se decoraron con canelure profundamente marcadas.

Asimismo, podemos contemplar con resultados muy atractivos en los interiores. En el mismo Achao, se ha doblado el entablamento reducido de la nave, que se rompe por encima

¹⁵ MONTECINOS BARRIENTOS, 2008, p. 41; MORENO JERIA, 2007, p. 166. Según un orden de visitas establecido, cada 17 de septiembre llegaban dos lanchas para recoger a los misioneros jesuitas y llevarlos a los misioneros a la isla de Lemuy. Las Misiones Circulares de Chiloé operaban en dos etapas anuales. Existía una misión fija en Castro y estaba destinada a los españoles, criollos, mestizos e indígenas que vivían en la isla. La "gira" comenzaba en septiembre (MORENO JERIA, 2007, p. 153–183).

de las columnas de las arcadas entre el espacio central de la iglesia y las naves laterales. En los interiores de las iglesias de Chonchi y Dalcahue [fig. 11], admiramos los entablamentos de orden dórico por encima de las arcadas, acorde con las fachadas. En el interior del templo de Llao Llao, el entablamento se redujo a una cornisa con un prominente dentículo y los intrados de las arquerías, tanto en las fachadas como en el interior, ostentan una ornamentación con casetones, o sea, de formas geométricas: rombos, círculos y rosetones.



Fig. 10. Fachadas de las iglesias de Chonchi, Aldachildo y Ichauc, siglo XIX, Chile [fot. E. Kubiak, 2012].



Fig. 11. Iglesia en Dalcahue, siglo XIX, fachada e interior, Chile [fot. E. Kubiak, 2012].

La construcción de bóvedas falsas de madera constituye una cuestión aparte. Siendo el sistema general de construcción fijo, las columnas y las paredes exteriores de estas iglesias de tres naves tienen importantes funciones estructurales. Su función no se limita a soportar la bóveda falsa, sino toda la armadura del techo. Las columnas entre naves actúan como soportes de los ligamentos extendidos, que sostienen la cubierta del techo y encierran la bóveda falsa por ambos lados. El sistema de edificación puede ser más complejo en determinados espacios, pero el esquema consiste en colocar cuatro soportes y una estructura de techo triangular [fig. 12]. Los soportes exteriores sostienen las bases del techo más sobresalientes, en tanto que los interiores se elevan hasta las vigas y el espacio entre ellos se usa para “suspender” la forma de la bóveda. Tal y como escribiera Adam Miłobędzki, estas

normas de construcción se introdujeron en el período neolítico y se utilizaron en la arquitectura monumental de madera, durante la Edad Media, en la Europa nororiental (MIŁOBĘDZKI, 1969, p. 422–423) para adaptarse después a la arquitectura colonial de Chile gracias a los misioneros.



Fig. 12. Estructura de la bóveda falsa de la iglesia de Achao, Chile [dib. B. Smoczynski según Guarda, 1984, p. 184; fot. E. Kubiak, 2012].

Conclusiones

Los *templos misioneros* de la orden de los jesuitas de la época colonial presentan, en todas las regiones estudiadas, tanto rasgos comunes como elementos particulares, característicos de cada una de las áreas diferenciadas. Las iglesias ostentaban una forma similar, poseían de una o tres naves, eran construidas con materiales no duraderos como la madera y el adobe, presentaban una estructura espacial modesta y sus elementos distintivos se manifestaban principalmente en el terreno de la decoración. A mi juicio, uno de los factores de influencia en la adaptación de estas formas de arquitectura misionera habría sido la carencia de fundadores a título individual de dichos templos, así como el haber sido destinados a cumplir funciones estrictamente definidas. Fue la orden, como organización y usuaria de estas iglesias, la que habría creado una suerte de esquema de construcción de excelente y eficaz funcionamiento en las áreas de misión y adecuado a las metas fijadas por los jesuitas para sus actividades. Todo ello determinó la forma arquitectónica de los templos que se iban construyendo. En este caso, la Compañía de Jesús podría ser considerada como un *artifex*, es decir, como creadora y programadora de cierto conjunto de información. La Orden asumió funciones de fundadora y arquitecta, mantuvo su propia política artística, rigurosamente subordinada, en este contexto, a su misión. La orden fue responsable de la concepción general de la obra arquitectónica, de su forma, del material utilizado y de

convención estilística elegida. Asimismo cabe recordar que los arquitectos de los templos, presentados en el presente artículo, solían ser los propios jesuitas.

BIBLIOGRAFÍA

MANUSCRITOS

ABNB, M. y Ch., GRM, vol. 24, II – ABNB (Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, Sucre) Fondo Mojos y Chiquitos, Colección Gabriel René-Moreno, Sign. 24, II, *Relación informativa sobre el estado y modo de ser general de las misiones de Chiquitos, y sobre arreglos para ellas consultados con vista de su ulterior gobierno y administración temporal y espiritual. Por el Itmo. Sr. Obispo dr D. Francisco Ramón de Herboso.*

AGN, Colombia, MyP, Mapoteca 4-587^a – AGN (Archivo General de la Nación, Colombia, Bogotá), *Plano de la iglesia de Fontibón.*

ANCh, Fondo Jesuitas, Sign. 141, 1 – ANCh (Archivo Nacional de Chile, Santiago de Chile), *Testimonio de las diligencias actuadas en el pueblo de San Ignacio Mini, de indios guaraníes, sobre el extrañamiento de los regulares de la Compañía, 37 hojas, 1768.*

ANCh, Fondo Jesuitas, Sygn. 141, 4 – ANCh (Archivo Nacional de Chile, Santiago de Chile), *Testimonio de las diligencias actuadas en los pueblos de indios guaraníes San Ignacio Gazú, Santa María de Fe y Santa Rosa, sobre el extrañamiento de los regulares de la Compañía, 134 hojas, 1768.*

FUENTES IMPRESAS

ALTAMIRANO, Diego Francisco de. *Historia de la misión de los Mojos.* Ed. Manuel V. Ballivan. La Paz: Instituto Boliviano de Cultura, Biblioteca José Agustín Palacios, 1979 [1712].

ALTAMIRANO, Diego Francisco de. Breve noticia del estado en que se hallan el año de 1713 las misiones de infieles que tiene a su cargo la Provincia del Perú, de la Compañía de Jesús en las Provincias de Mojos. *Mojos. Seis relaciones jesuíticas 1670-1763.* Eds. Josep M. Barnadas y Manuel Plaza. Cochabamba: Historia Boliviana, p. 67-76, 2005 [1713].

CARDIEL José. Krótkie sprawozdanie z Misji w Pargwaju. Trad. Piotr Nawrot. *Redukcje jezuickie (1609-1767). Wybrane dokumenty.* Ed. Piotr Nawrot. Poznań: Uniwersytet im. Adama Mickiewicza. Wydział Teologiczny, p. s. 23-166, 2009 [1771].

Formuła Instytutu Towarzystwa Jezusowego. Ignacy Loyola. *Pisma wybrane.* v. 1. Kraków: Wydawnictwo WAM, p. 453-458, 1968 [1539].

FRÉZIER, Amédée-François. *Relation du Voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chili, de Perou, et du Bresil.* v. 2. Amsterdam: Pierre Humbert 1717.

GONZALEZ DE AGUEROS, Pedro. *Descripción historial de la Provincia y Archipiélago de Chiloé.* Sevilla: Extramuros Edición, 2007 [1791].

LIZÁRRAGA, Reginaldo de. La comarca de la ciudad es buena y abundante por los valles que tiene en contorno. Ed. Mariano Bautista Gumacio. *La ciudad de Sucre vista por viajeros extranjeros y autores nacionales. Siglo XVI al XXI,* Cochabamba: Grupo Editorial Kipus, p. 34-36, 2013 [1603].

LOZANO Pedro. *Historia de la Compañía de la Jesús de la provincia del Paraguay.* v. II. Madrid: Manuel Fernández, 1755.

RIVERO, Juan. *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los Ríos Orinoco y Meta*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía, 1883 [1736].

STEVENSON, William Bennet. *Historical and Descriptive Narrative of Twenty Years' Residence in South America*. Vol. 1. London: Hurst, Robinson and Co., 1925.

LIBROS Y ARTÍCULOS

BAILEY, Gauvin Alexander. Iglesia de Santa María, Achao (Chiloé), Chile. Ed. Luisa Elena Alcalá. *Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica*. Madrid: Ediciones El Viso, p. 282-291, 2002.

BAILEY, Gauvin Alexander. Cultural Convergence at the Ends of the Earth: The Unique Art and Architecture of the Jesuit Missions to the Chiloé Archipelago (1608–1767). Ed. John W. O'Malley et al. *The Jesuits II. Cultures, Science, and the Arts 1540–1773*. Toronto–Buffalo–London: University of Toronto Press, p. 211-239, 2006.

BOLLINI Horacio. *Misiones Jesuíticas. Visión artística y patrimonial. Voces y emblemas en las reducciones jesuítico-guaraníes (1609–1768)*. Buenos Aires: Corregidor, 2009.

BOYD-BOWMAN, Peter. *Léxico hispanoamericano del siglo XVI*. London: Tamesis Book Limited, 1972.

BROMLEY, Juan. *Las viejas calles de Lima*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima, Gerencia de Educación, Cultura y Deportes, 2005.

BROMLEY, Juan y José BARBAGELATA. *Evolución urbana de la Ciudad de Lima de Lima*. Lima: Consejo Provincial de Lima, 1945.

CABEZA MONTEIRA Ángel. Las Iglesias de Chiloé: su importancia en el contexto del patrimonio de Chile y Latinoamérica. Ed. Ramón Gutiérrez. *Las iglesias de Chiloé. La recuperación de las destrezas tradicionales*. Madrid: El Viso, p. 6-15, 2003.

CASTILLO CERF, Diana. Bene fundata est Domus Domini... Analogías y diversidades en tres artesanados cusqueños. Ed. Norma Campos Vera. *Barroco. Mestizaje en Diálogo*. La Paz: Fundación Visión Cultural, p. 87-96, 2017.

CHASE, Beatriz. Paraguay. III Architecture. Ed. Jane Turner. *Encyclopedia of Latin American and Caribbean Art*. London-New York: Macmillan Reference Limited Grove's Dictionaries, Inc., p. 520-524, 2000.

COELLO DE LA ROSA, Alexandre. *Espacios de exclusión, espacios de poder. El Cercado de Lima colonial (1568-1606)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 2006.

ESTERAS, Cristina y Ramón GUTIÉRREZ. La misión de Juli y su influencia en las misiones de Paraguay. *Documentos de arquitectura nacional y americana*, n. 17, s. 53-58, 1984.

FLORES OCHOA Jorge A., KUON ARCE Elizabeth y Roberto SAMANEZ ARGUMEDO. *Pintura mural en el sur andino*. Lima: Banco de Crédito del Perú, 1993.

GIURIA, Juan. *La arquitectura en el Paraguay*. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, 1951.

GUARDA, Gabriel. *Iglesias de Chiloé*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1984.

GUTIÉRREZ, Ramón. *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2002 [1984].

GUTIÉRREZ, Ramón. Las Iglesias de Chiloé y las misiones circulares de los jesuitas. Ed. Ramón Gutiérrez. *Las iglesias de Chiloé. La recuperación de las destrezas tradicionales*. Madrid: El Viso, p. 16-27, 2003.

KUBLER, George. On the Colonial Extinction of the Motifs of Precolumbian Art. Ed. Thomas F. Reese. *Studies in Ancient American and European Art. The Collected Essays of George Kubler*. New Haven–London: Yale University Press, p. 66–74, 1985 [1961].

KUBLER, George y Martin SORIA. *Art and Architecture in Spain and Portugal and Their American Dominions: 1500 to 1800*. Harmondsworth: Penguin Books, 1959.

ŁAGODA-KAŹMIERSKA, Katarzyna. *Metody ewangelizacji w jezuickich redukcjach Indian Moxo (1681–1767)*. Poznań: Uniwersytet im. Adama Mickiewicza, Wydział Teologiczny, 2007.

LEVINTON Norberto. *La arquitectura jesuítico-guaraní. Una experiencia de interacción cultural*. Buenos Aires: Editorial SB, 2008.

LÓPEZ-GAY, Jesús. Misionología. Eds. Charles E. O'Neill, Joaquín María Domínguez. *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*. Vol. III. Roma–Madrid: Institutum Historicum, Universidad Pontificia Comillas, p. 2696-2706, 2001.

MACERA, Pablo. *La pintura mural andina, siglos XVI-XIX*. Lima: Editorial Milla Batres, 1993.

MANCILLA PÉREZ Juan. *Pueblos de Chiloé. Mapas–Historia–Iglesias–Artilugios*. Castro: Autor, 2004 [1987].

MEIKLEJOHN, Norman. Una experiencia de evangelización en los Andes. Los Jesuitas de Juli (Perú). Siglos XVII-XVIII. *Cuadernos para la historia de la evangelización en América Latina*. Cusco, n. 1, s. 109-191, 1986.

MESA, José de y Teresa GISBERT. *Historia de la pintura cuzqueña*. v. 1, Lima: Fundación Augusto N. Wiese, 1982.

MESA, José de y Teresa GISBERT. *Monumentos de Bolivia*. La Paz: Editorial Gisbert, 2002 [1970].

MIŁOBĘDZKI, Adam. Kościół w Bielsku Podlaskim. Z dziejów recepcji francuskiej myśli architektonicznej. Ed. Kazimierz Michałowski. *Muzeum i twórca. Studia z historii sztuki i kultury ku czci prof. dr. Stanisława Lorentza*. Warszawa: PWN, p. 417-431, 1969.

MONTECINOS BARRIENTOS, Hernán. La exaltación de la madera. Chiloé: arquitectura, paisaje e historia. *Revista de educación*, n 155, s. 41-43, 1988.

MONTECINOS BARRIENTOS, Hernán. *Iglesias de Chiloé*. Castro: Centro Amigos de la Arquitectura Chilota, 2008.

MORENO JERIA, Rodrigo. *Misiones en Chile Austral: los jesuitas en Chiloé 1608-1768*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Universidad de Sevilla, Diputación de Sevilla, 2007.

O'MALLEY, John W. *Pierwsi jezuici*. Trads. Piotr Samerek, Wojciech Buś, Karol Tomasz Giedrojc y Stanisław Obirek. Kraków: Wydawnictwo WAM, 1999 [1993].

O'MALLEY, John W. Misiones populares. I. Antigua CJ (hasta 1773). Eds. Charles E. O'Neill y Joaquín María Domínguez. *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*. v. III, Roma–Madrid: Institutum Historicum, Universidad Pontificia Comillas, p. 2691-2693, 2001.

PEREIRA SALAS, Eugenio. *Historia del arte en el Reino de Chile*. Santiago: Universidad de Chile, 1965.

QUEREJAZU, Pedro. El mudéjar como expresión cultural ibérica, y su manifestación en las tierras altas de la Audiencia de Charcas, hoy Bolivia. Ed. Rodrigo Gutiérrez Viñuales y Purificación de la Torre. *El mudéjar iberoamericano, del Islam al Nuevo Mundo*. Barcelona–Madrid: Lunwerg Editores, p. 253-263, 1995.

REINA MENDOZA, Sandra. *Traza urbana y arquitectura en los pueblos de indios del altiplano cundiboyacense: siglo XVI a XVIII. El caso de Boyacá, Sutatausa, Tausa y Cucaita*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008.

ROMERO SÁNCHEZ, Guadalupe. *Los pueblos de indios en Nueva Granada*. Granada: Atrio – Universidad de Granada, 2010.

ROMERO SÁNCHEZ, Guadalupe. *Iglesias doctrineras y trazas urbanas en Nueva Granada*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2012.

SEBASTIÁN, Santiago. *El barroco iberoamericano: mensaje iconográfico*. Madrid: Editorial Encuentro, 2007 [1990].

SUSTERSIC, Bozidar Darko. *Templos Jesuítico-guaraníes: la historia secreta de sus fábricas y ensayos de interpretación de sus ruinas*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payró", 2004 [1999].

VALLÍN, Rodolfo. *Imágenes bajo cal y pañete. Pintura mural en la Colonia en Colombia*. Bogotá: Editorial El Sello, Museo de Arte Moderno de Bogotá, 1998.

WUFFARDEN, Luis Eduardo. Misión de Tópaga, Colombia. Ed. Luisa Elena Alcalá. *Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica*. Madrid: Ediciones El Viso, p. 232-237, 2002.